



Un cielo tan azul que duele mirarlo. Árboles centenarios de más de treinta metros de altura, cedros rojos y amarillos junto a chopos negros y arces enredadera, con sus raíces retorcidas asomando entre el musgo resbaladizo y la madera podrida. El niño corre descalzo. Se detiene en un pequeño claro, jadeando, y escucha. Tiene once, puede que doce años, y los ojos desorbitados. Sus vaqueros muestran desgarrros producidos por las ramas secas, la camiseta gris está empapada en sudor y las mangas se pegan a sus escuálidos brazos. Los cortes en la tela dejan ver su piel, y la sangre le cubre brazos y manos como si los hubiera sumergido en ella.

Se aparta un mechón de pelo de los ojos y vomita lo poco que le queda en el estómago. Se apoya en un árbol y luego cae. Arrastrado por la gravedad, su cuerpo pierde el equilibrio y se abre paso entre las hojas caídas. La tierra cruje y se mueve bajo sus pies.





La noche anterior

Estaba oscuro. Las olas rugían al romper contra la playa de cantos. Era el sonido más fuerte que James Sinclair había oído en su vida; invadía su cuerpo como si esas olas se estuvieran estrellando sobre él.

No recordaba haber despertado y caminado por la hierba hasta el embarcadero. Un viento frío le rozó la cara y algo caliente y seco empezó a expandirse por sus pulmones. Presa del pánico, intentó despertarse, pero en vez de eso notó el sabor de la sangre y oyó sus propios gritos: fue consciente de la cama en la que se hallaba tumbado, la venda que le cubría los ojos, el cable alrededor de su cuello y sus manos. Pensó en sus hijos, en su mujer.





1

En una buena noche era posible oler el mar desde University Hill. Alice Madison bajó la ventanilla un par de centímetros y olfateó el aire. Era una noche fría y la niebla húmeda de diciembre envolvía las casas y los árboles desnudos. Faltaban dos semanas para Navidad y los estudiantes que podían permitirse vivir en ese lado de la colina ya se habían ido a pasar las vacaciones a sus casas familiares, repartidas por todo el estado de Washington.

El reloj del salpicadero indicaba que eran las cuatro y cuarto de la mañana. El sargento detective Brown, una sombra sentada a su lado, le había soltado al comienzo de la noche:

—Una vez que se acaban el café y los temas de conversación, las operaciones de vigilancia se convierten en largos periodos de tiempo sin hacer prácticamente nada, cuando lo que uno desearía es estar haciendo algo distinto, en otro sitio y en compañía de otra persona.

Una descripción bastante acertada de su relación, pensó ella.

Su respiración empañó el cristal. Tenía que elegir entre pasar frío o aguantar el aburrimiento y el olor a sudor de su compañero. Prefería el frío.

Cuando Brown giró la cabeza para observar el otro lado de la calle, a Madison le llegó el olor fresco y nada desagradable de su loción para después del afeitado. Madison sabía que les habían enviado allí para nada; Brown no estaba contento.

Gary Stevens —blanco, veintitrés años, sin antecedentes—, era el principal sospechoso del asesinato de una estudiante de diecinueve años en el campus. Cuando la policía la encontró, Janice Miller se hallaba esposada a un radiador, sentada, con la espalda apoyada en la pared y muerta a causa de un único golpe en la cabeza. Junto a su mano derecha estaba cuidadosamente colocada una taza de café a medio beber.





Cuatro semanas antes, el día que se unió al Departamento de Homicidios de Seattle, Alice Madison había ido a visitar la tumba de sus abuelos en un cementerio próximo a Burien. Depositó un ramo de rosas blancas sobre la lápida y permaneció allí, sola. Donde quiera que estuvieran, sabían que ella era lo que era gracias a ellos, y que su cariño era una bendición que atesoraba en su interior como si fuera oro.

Esa noche Madison se fue a casa y se preparó la cena —nada de platos congelados ni conservas—, y durmió diez horas de un tirón.

La actitud de Brown no había sido ni fría ni desagradable, simplemente distante. Era tan buen policía como el que más, mejor que la mayoría. Ella sabía que nunca serían amigos, pero pondría la vida en sus manos sin dudarlo. Quizá eso era suficiente.

Brown y Madison no se habían parado a discutir qué tipo de mente malvada era responsable de las quemaduras que rodeaban la muñeca de Janice Miller cuando la encontraron; el radiador había puesto las esposas al rojo vivo a intervalos regulares. Estaban ocupados intentando salvar a la siguiente víctima, trabajando rápido y sin descanso para salvar a un inocente.

En el otro extremo de la calle, dos hombres en el interior de un Ford negro intentaban mantenerse despiertos el uno al otro a base de café y chistes verdes. Madison habría preferido pasar la noche con ellos: los detectives Spencer y Dunne eran compañeros desde hacía tres años, se conocían desde la Academia y trabajaban bien juntos. Formaban una extraña pareja. Spencer era un japonés de segunda generación, casado, con tres hijos y licenciado en Criminología en la escuela nocturna. Dunne, por su parte, era un irlandés pelirrojo, había ido a la universidad gracias a una beca de fútbol americano y salía con mujeres cuyas minifaldas eran legendarias en la comisaría. Ambos sabían lo que pensaba el otro y podían prever sus movimientos. Madison esperaba que no le pasara lo mismo con Brown, ni con ninguna otra persona. Sin embargo, ahí estaba y lo demás importaba muy poco.

Brown tenía razón al decir lo que había dicho sobre la vigilancia, sin embargo Madison intuía que había una parte de ella que se sentía atraída por el silencio previo a la aparición del objetivo, cuando todo dejaba de tener importancia salvo atrapar al criminal.

La Academia de Policía le había enseñado muchas cosas, pero





no lo que se sentía al correr a toda velocidad detrás de un ser humano cuya intención era hacerte daño; eso había que aprenderlo en la calle. La detective Alice Madison cambió de postura en el gastado asiento de cuero. Puede que Spencer y Dunne hubieran sido mejor compañía, pero esta noche estaba exactamente donde quería estar.

El viento soplaba con fuerza en ese momento. Unas pocas manzanas más allá el mar se elevaba y descendía, salpicando los muelles desiertos y dejando oscuros charcos de agua salada.

Stevens no iba a volver a casa esa noche; no iba a volver nunca más. Probablemente a estas horas ya habría cruzado la frontera del estado, cambiado de nombre y empezado desde cero en cualquier otro campus. Madison no iba a obsesionarse con esa idea, todavía estaba en la etapa en la que era capaz de recordar cada uno de los nombres escritos en rojo en la pizarra de Homicidios y aquellos que pasaban del rojo al negro.

—Buenos días, Seattle, la temperatura exterior es de un agradable grado bajo cero y son las... —anunció la voz ronca de Dunne, a través del *walkie-talkie*.

Brown cogió el suyo del espacio entre los asientos.

—Yo tengo las cuatro y cuarto, más o menos.

—Yo también. ¿Cuánto tiempo más quieres que estemos por aquí?

—Ya es bastante tarde —suspiró Brown—. Se acabó, caballeros, pongámonos en marcha.

Madison sintió una punzada de decepción. Aunque hubieran salido sin grandes expectativas, volver de vacío no era nada agradable.

—A mí no me importa quedarme un poco más —dijo.

—Habrá más noches.

—Para Stevens, no.

—Stevens se ha ido —dijo Brown.

—A lo mejor vuelve.

—¿Hará que vuelva el que nos quedemos esperando?

—Probablemente no.

—Pero...

—Así me quedaría más tranquila —confesó ella.

Brown se volvió hacia ella, que desvió la mirada hacia las sombras de la calle, como si con eso fuera a hacer que apareciera el sospechoso.





—Sé que eso me va a costar otro café y cinco dólares —añadió.

—Habrá más noches.

Volvió a oírse la voz de Dunne.

—A dos calles de aquí hay un local abierto veinticuatro horas. Podemos vernos allí.

—De acuerdo. Os seguimos.

Brown puso el motor en marcha y el coche se alejó suavemente.

Una pareja de veinteañeros deambulaba por los pasillos del *Night & Day*, cogiendo cajitas de *MicrowaveWorld*. Parecían haber estado de fiesta en algún sitio y estaban achispados, pero no borrachos del todo. No podían ser mucho más jóvenes que Madison.

Dunne se fue directo a por café y donuts, Spencer a por agua mineral y Brown a por una Coca-Cola light. No intercambiaron ni una sola palabra; las horas pasadas en el coche se hicieron notar cuando entraron en la tienda. Dunne se desperezó y bostezó.

Madison cogió una botella de leche y se acercó al expositor de alquiler de cintas de vídeo. Casi todas eran películas de acción y de terror, pero también había algunas de Disney. Madison se había dado un atracón de Billy Wilder durante las últimas semanas. Al volver a casa después del turno de noche, se había quedado dormida en el sofá del salón, escuchando a Josephine y Daphne. La ayudaba a evadirse. Pagó y salió a esperar fuera.

Se apoyó en el coche y se bebió la leche. Seguía habiendo niebla, puede que desapareciera con la luz de la mañana. El viento que llegaba desde el mar soplaba ahora con más fuerza y trajo consigo el solitario aviso de una sirena antiniebla. Madison se arrebujó en su grueso chaquetón de montaña mientras pensaba en todas las cosas que quería hacer en las próximas veinticuatro horas; entonces fue cuando la chica salió de entre la niebla.

Madison se fijó en ella porque parecía muy joven y fuera de lugar con su chaqueta vaquera y sus pantalones finos. «Debe de estar helada». Continuó mirándola por si necesitaba ayuda. Tenía el pelo muy rubio y corto. Parecía tener unos catorce años, la edad habitual para escaparse de casa, pequeña mochila incluida. Llevaba los labios pintados de rosa, una raya de ojos muy marcada y tenía las mejillas rojas de frío.





Madison, apoyada en el coche, con su chaquetón y su gorra de béisbol, no tenía pinta de policía, lo que estaba bien porque no quería espantar a la chica. En ese momento pudo distinguir las sombras oscuras debajo de sus ojos.

—Hola.

La chica se paró al oírla, la miró y contestó con un ligero movimiento de cabeza. Madison le dirigió una media sonrisa para que no pensara que era una tía rara, a la vez que se daba cuenta de que eso era precisamente lo que parecía la joven. La experiencia le indicaba que probablemente dormía en la calle, no comía lo suficiente y era posible que estuviera incubando una infección de las vías respiratorias.

La chica se detuvo, con las manos bien metidas en los bolsillos, subió las escaleras en dos zancadas y se metió en la tienda. Madison se fijó en que viajaba ligera, la pequeña mochila que llevaba a la espalda no iba muy llena, y luego estaba lo que llevaba en la parte derecha de la chaqueta, el objeto que sostenía con la mano por debajo de la fina tela blanca, en el que Madison se había fijado mientras la chica se alejaba. Había sido una noche fría y triste, además de una pérdida de tiempo, y estaba a punto de empeorar: a Madison le había parecido ver la culata de una pistola. Subió los escalones detrás de la chica.

La joven estaba a tres metros de ella, mirando una fila de chocolatinas tras otra, mientras movía la cabeza de un lado a otro, muy despacio.

Brown se encontraba junto al cajero, a punto de pagar, a un metro —quizá metro y medio— a su derecha. Spencer y Dunne estaban al fondo de la tienda. La pareja de jóvenes había llenado su cesta de envases y se dirigía hacia la caja. Habían dejado de hablar y el único sonido que se escuchaba era el zumbido de los fluorescentes y del frigorífico.

Con un único movimiento, Madison se abrió la chaqueta y desabrochó la pequeña tira de cuero que sujetaba su pistola en la funda que llevaba en su cadera derecha. No era el mejor momento para recordar que la mayoría de los detectives de Homicidios nunca se veían obligados a desenfundar aquella condenada arma. Se acercó a Brown y le tocó en el hombro, sin apartar los ojos de la chica en ningún momento. La señaló con la cabeza y formó una pistola con los dedos. Brown enarcó las cejas y desabrochó la tira de la funda de su pistola.





La mano que la chica tenía en el bolsillo de la chaqueta estaba húmeda, pero no quería sacarla y secársela en el pantalón. Odiaba notar el peso del metal, que hacía que la chaqueta se deformara hacia ese lado. Abrió y cerró la mano alrededor de la culata mientras recorría con la mirada las chocolatinas del estante. Demasiadas marcas.

La pareja puso la cesta en el mostrador y un empleado mal pagado y con exceso de horas trabajadas empezó a marcar los precios en la caja registradora. Madison se puso detrás de ellos y habló en voz tan baja que apenas se oyó a sí misma.

—Policía. Salgan de la tienda.

—¿Qué...? —empezó a protestar el joven, pero cerró la boca en cuanto vio el brillo de la placa en el interior de la chaqueta de Madison.

—Ahora mismo. No miren atrás. Fuera.

Gracias a Dios obedecieron, pero no sin antes lanzar una mirada hacia atrás. El empleado no fue tan complaciente.

—¿Qué está...?

La chica se dio la vuelta, sujetando la pistola con las dos manos a la altura de los ojos.

—Que nadie se mueva —ordenó con voz temblorosa, aunque clara, y el empleado se agachó detrás del mostrador.

La chica se enfrentó a Brown y Madison, apuntándoles alternativamente con la pistola. Spencer y Dunne habían desaparecido entre las estanterías. Madison sabía, como si los estuviera viendo, que ambos habían sacado sus armas y estaban pensando en la mejor manera de atrapar a la chica sin que nadie resultara herido.

—Ya tienes nuestra atención, ¿ahora qué? —Brown estaba tranquilo y sereno; lo cierto era que, en algunos aspectos, a Madison le gustaba su forma de trabajar.

—Haced lo que yo diga. Tumbaos en el suelo. ¡Vamos! —La voz de la chica subió de tono y se quebró.

Madison se dio cuenta de que cada vez le costaba más respirar; tenían que calmarla rápidamente o le iba a dar un ataque.

—¡Hacedlo! —Estaba perdiendo los nervios a toda velocidad.

—No vale la pena —dijo Brown—. En la caja hay menos de cincuenta dólares y estás apuntando a dos policías. —Señaló con la cabeza a su compañera.





La chica puso cara de asombro. Fue solo un momento, pero suficiente.

—Deja la pistola en el suelo y sal pitando de aquí.

La chica se quedó boquiabierta y pensó a toda velocidad. Los cuatro detectives sabían de sobra que cualquiera podía ser valiente con una pistola en la mano, pero solo algunos afortunados seguían siendo capaces de utilizar el cerebro.

Madison hizo un esfuerzo por no desviar la vista. Lo que veía era la mano de la chica, con el revólver apuntado hacia la cabeza de Brown. Sabía que podía desenfundar, disparar y derribarla en menos de tres segundos. Vio que el cañón de la pistola temblaba señalando a los ojos de Brown, que no se inmutó y continuó hablando con amabilidad. La chica llevaba un esmalte de uñas de purpurina, dos agujeros en la oreja izquierda y uno en la derecha. El borde de la chaqueta vaquera era de una raída piel de cordero y, bajo la luz de los fosforescentes, su piel pálida se veía translúcida.

—¡Deja de hablarme! —gritó la chica.

Madison dejó de verla a ella. Solo vio la pistola y procuró no moverse.

—No vale la pena —repitió Brown.

Madison no sabía a quién se lo estaba diciendo.

—De acuerdo, de acuerdo —asintió la chica—. Voy a coger algunas cosas. Vosotros quedaos donde estáis.

El momento de peligro había pasado.

—Nadie se está moviendo —dijo Brown con una sonrisa—. No somos más que tres personas hablando.

Ella estiró la mano izquierda hacia atrás y buscó las chokolatinas. Cogió un par y las guardó en la chaqueta. Cogió otras dos y las metió en el bolsillo de atrás de los pantalones.

—Ahora me voy a marchar. Dejaré la pistola en los escalones. Que no me siga nadie.

—Espera un poco. Deja la pistola en el suelo ahora y te doy mi palabra de que ni mi compañera ni yo nos moveremos hasta tres minutos después de que te vayas.

—Sí, ya.

—Prometido. —Brown no quería que saliera con un arma en la mano.

—Haz lo que te dice. Nadie quiere problemas. Deja la pistola y sal cagando leches de aquí.





—¿Y si no lo hago?

Brown la miró directamente a los ojos.

—El Tribunal de Menores está cerrado durante el fin de semana, así que te pasarás veinticuatro horas en una celda con borrachos y toda clase de delincuentes. —La chica parpadeó dos veces—. No creo que quieras eso.

Tragó saliva. Había sido una mala noche de principio a fin.

—De acuerdo.

Dio un par de pasos hacia la puerta sin apartar los ojos de los dos policías que tenía delante, se agachó y dejó el arma en el suelo, sin dejar de mirarlos, preparada para salir corriendo. El brazo de Spencer le rodeó el cuello, mientras Dunne cerraba las esposas alrededor de sus delgadas y pálidas muñecas. Todo acabó en cuestión de segundos. La chica aulló. Intentó quitárselas, sin fuerzas ni esperanzas, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Spencer la soltó; Madison sabía que tenía un hijo de la misma edad. Respiró hondo y volvió a abrochar la tira de cuero de la pistolera, con el corazón todavía acelerado.

—No está cargada —anunció Dunne, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¡Dios!

El empleado asomó la cabeza desde detrás del mostrador, evaluó la situación y puso su granito de arena.

—¿Quién va a pagar las chocolatinas?

Brown se acercó a la caja y dejó un billete en el mostrador.

Bajaron con la chica por las escaleras. Iría en el coche de Brown y Madison, con Spencer haciendo de canguro en el asiento de atrás, y Dunne se llevaría el otro coche.

—¿Me vais a llevar a la cárcel? —preguntó la chica, sin dirigirse a nadie en particular.

—Vas a venir con nosotros a comisaría para que nos expliques cómo has conseguido esto —contestó Spencer, señalando la pistola.

La chica se desplomó, como si se hubiera quedado sin las pocas fuerzas que tenía. Spencer y Madison la sujetaron, más que nada para impedir que se cayera y se partiera la cabeza.

El viento había traído una lluvia ligera, sacudido los árboles y cubierto el suelo con una fina capa de hojas mojadas. Alrededor de ellos todo seguía oscuro, a excepción de la zona iluminada por unas cuantas farolas de luz anaranjada y el cartel luminoso del *Night & Day*.





Cuando la ayudaron a entrar en el coche, la chica levantó la vista.
—¿Tenéis un periódico o algo así? —preguntó.
Su voz no fue más que un susurro.
Madison vio la mancha oscura que había en sus pantalones.
—Voy a la tienda a por papel. —Madison se dispuso a subir los escalones—. ¿Te apetece una bebida caliente?
La chica lo pensó un momento.
—Café. Solo.

Con la calefacción del coche el intenso olor de la orina se hizo casi insoportable, hasta el punto de tener que ir con las ventanillas bajadas. No había forma de hacer que la chica —sentada entre los dos detectives, sosteniendo la taza de café con las yemas de los dedos y bebiendo a pequeños sorbos—, se callara. Era una reacción frecuente. Se llamaba Rose, sin apellido, tenía trece años y carecía de una dirección permanente. Había visto que un tipo tiraba una pesada bolsa de papel marrón a una papelera en Pike Place Market, y ella pensó que serían sobras de comida. La pistola estaba envuelta en un trapo de cocina.

—Has apuntado a dos policías con una pistola descargada —dijo Spencer—. Eso es el colmo de la estupidez.

—Tú sabías que estaba descargada —intervino Madison.

—¿Tú qué crees? —replicó tras un segundo de silencio.

—Puede que sí y puede que no.

Brown, miró con curiosidad por el retrovisor, mientras conducía deprisa.

—En cualquier caso tenemos un problema. Nosotros somos de Homicidios, por lo tanto no podemos encerrarte en nuestra comisaría porque no has matado a nadie. —Hizo una pausa—. ¿No habrás matado a alguien, no?

—No.

—Eso está bien. Sin embargo, tampoco podemos dejar que te vayas, porque me acabas de poner un arma delante de las narices.

Si lo que Brown pretendía era que la chica se encogiera de miedo, lo estaba haciendo muy bien. Madison calculó que haría entre dos y cuatro semanas que se había escapado de dondequiera que estuviera.





—Lo que vamos a hacer es llamar a alguien de Servicios Sociales para que vengan a recogerte —continuó Brown, con tono monótono—. Y se van a cabrear mucho, porque son las cinco de la mañana de un domingo y se han pasado toda la semana metidos en la mierda de siempre. Y uno de nosotros va a tener que quedarse contigo, llamar a tu familia, redactar un informe explicando cómo has conseguido un arma y lo que ha pasado. Y luego, esperar a que alguien venga a hacerse cargo de ti. ¿Lo entiendes? A estas horas podrías estar muerta, niña.

—Y tu palabra no vale una mierda —murmuró la chica.

Cuarenta y cinco minutos después, Madison estaba sentada detrás de su escritorio en la sala de la brigada, escribiendo en el ordenador. Los demás se habían ido a sus casas, agradeciéndole entre murmullos que se hubiera ofrecido voluntaria para quedarse allí. La chica llevaba ahora unos pantalones de chándal limpios que Madison tenía en su taquilla y comía, rescatado de la nevera situada junto a la puerta, un sándwich de pollo; olía bien y Madison esperaba que la fecha de caducidad que indicaba el envase fuera una simple sugerencia.

Un par de llamadas telefónicas bastaron para que Shawna Williams, de Servicios Sociales, se pusiera en camino. Madison cogió un folio de la impresora y lo puso a un lado del escritorio. Se levantó y se estiró. El turno de noche había terminado y estaban solas.

La sala en la que estaban era un lugar deprimente: mesas, lámparas, sillas y algunos archivadores, todo era de un tono gris metálico. El escritorio de Brown estaba situado frente al suyo, y en uno de sus cajones guardaba una copia en edición de bolsillo de *Moby Dick*. Un día, le había dicho él, quizá la gente dejara de matar el tiempo suficiente como para que pudiera leerlo. Todavía no había tenido suerte.

Rose no se fijaba en la sala; estaba concentrada en un donut y una taza de chocolate caliente. La taza era de un detective que la había traído de su casa y tenía una leyenda que decía *He paseado por el Monte Rainier*.

Agotada como estaba la chica, Madison se dio cuenta de que la comida le había venido bien. Una adolescente avispada podía recorrer un trecho muy largo, pero no en invierno: si no te mataba la calle, lo hacían el frío y la lluvia.





—¿Seguro que no quieres llamar a nadie? Puedes hacer una llamada de larga distancia o, si me das un nombre, te puedo buscar el número de teléfono.

La chica sacudió la cabeza. Madison sabía que lo que Rose estaba viendo era a una adulta, con ropa buena y de abrigo, tres comidas al día y las llaves de un apartamento, puede que incluso de una casa. No quería darle explicaciones. Madison la entendía mejor de lo que la joven podía imaginarse.

—Me acuerdo de la primera vez que estuve en una comisaría de policía —dijo Madison, mientras cogía una manzana del escritorio y le daba un mordisco.

La chica estaba demasiado cansada como para hacer ver que sentía curiosidad.

—Tenía doce años. Me había escapado de casa. La policía del condado me cogió casi en la frontera con Canadá, al norte de Anacortes. Tardaron una semana en encontrarme.

—Mentira.

—No. Una semana. Era el mes de agosto y hacía calor, no como ahora —replicó Madison, con toda naturalidad—. Vivíamos en una isla y un buen día me subí a un ferry.

—Te lo estás inventando. Estoy segura de que eso es lo que les cuentas a todos los chavales que recoges.

En ese momento la niña parecía un bebé a punto de tener una rabieta.

—¿Tú qué crees? —preguntó Madison.

—Buenos días, detective —saludó Shawna Williams al entrar.

Era una afroamericana de cuarenta y pocos años. Se habían conocido cuando Madison todavía era una agente de uniforme. La recién llegada miró a la chica rubia.

—¿Es ella? ¿Me prestas tu sala de interrogatorios?

—Por supuesto. Tómame un café.

—¿Quién lo ha preparado?

—Yo.

—Haces café como si fuera lo último que fueras a beber en tu vida.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Solo si quieres vivir más allá de los cuarenta.

—Lo tendré en cuenta.

—Hazlo —dijo Shawna, mientras se servía una taza—. Vamos.





Madison y la chica se dijeron adiós con la cabeza.

—Si encuentras otra pistola... —dijo Madison, extendiendo un brazo hacia la niña.

La chica se guardó la tarjeta de Madison en el bolsillo y se alejó por el pasillo poco iluminado. La cálida voz de Shawna se dejó oír a través de las paredes, pero no se entendía lo que decía.

Alguien tendría que averiguar cómo había conseguido la pistola y si esta se había utilizado para cometer algún delito, pero eso no sería hasta el día siguiente.

A las seis de la mañana, Madison se puso la chaqueta, colocó los papeles que tenía sobre la mesa, apagó la lámpara y se fue. Howard Jener, el sargento del mostrador de recepción, le dijo adiós con la mano mientras sujetaba el auricular del teléfono con el hombro. Dos detectives subían por la escalera trayendo a un borracho esposado que se quedó mirando a Madison cuando ella pasó a su lado.

—Que duermas bien, cariño —le dijo, con voz cascada.

Había parado de llover y el cielo estaba despejado.

Alki Beach estaba desierta a esas horas. Madison aparcó donde siempre y se pasó al asiento de atrás. Se cambió los pantalones que llevaba por unos de chándal y se puso una descolorida camiseta de los Sonics. Nunca le había hecho gracia la idea de dejar su arma en el coche —algún listillo podía decidir que merecía la pena robar el Honda que compró cuatro años atrás—, así que se colocó la pistola debajo de la sudadera y movió la cabeza de un lado a otro. Empezaba a tener tensos los músculos situados por encima de los omóplatos. Hacía frío y el ambiente era húmedo, así que tenía que darse prisa con los ejercicios de calentamiento. Apoyó una mano en el coche y con la otra se cogió un pie y estiró la pierna hacia atrás. Repitió la operación con la otra.

Se dirigió hacia la orilla con un trote suave para, pasados un par de minutos, aumentar la velocidad. Durante un rato los únicos sonidos que se oyeron fueron el del agua y el de sus pies al golpear la arena.





En la casi total oscuridad del cauce del río Hoh, a unas tres horas en coche de Seattle, un hombre corría a toda velocidad por el bosque. No era más que una mancha entre los árboles. Era la trigésimo séptima vez que hacía ese recorrido, la vigésima en la oscuridad; lo bastante rápido como para mantenerlo con vida el tiempo que necesitaba y lo bastante lento como para cumplir con su propósito. Al llegar al final miró el cronómetro. Veintitrés minutos. Levantó la cara hacia el cielo despejado, se estremeció por efecto de la repentina brisa y sus ojos desprovistos de color descubrieron un puñado de estrellas. «¿Cuánto se tarda en ser bueno?».





2

Alice Madison conducía a la tenue luz del amanecer. Su coche olía bien; no a ambientador, sino simplemente a limpio y un poco a cuero, y lo llevaba sin superar el límite de velocidad. Por los altavoces se escuchaba a los Arcade Fire cantando a todo volumen *No Cars Go*, tan alto como para borrar de su mente lo que había sucedido en la tienda.

Cuando llegó la noticia de su traslado a Homicidios, Brown y Spencer hicieron las comprobaciones de costumbre. Se trataba de una tradición de carácter extraoficial: unas cuantas llamadas aquí y allá, y podían obtener incluso las notas que Madison había sacado en la Universidad de Chicago. Se enteraron de lo que necesitaban saber y del resto no tardarían en enterarse.

Alice Eleanor Madison había nacido en Los Ángeles y asistido a seis colegios distintos de seis ciudades diferentes antes de llegar a Seattle con trece años, y al parecer decidió quedarse. Licenciada *magna cum laude* en Psicología y Criminología por la Universidad de Chicago. Superó sin problemas la Academia de Policía y, como a Spencer le gustaba añadir, en la prueba de resistencia de sesenta segundos disparando obtuvo más de un noventa por ciento de aciertos en cada mano, sosteniendo una *Smith and Wesson*, modelo 19.

—Justo lo que necesitábamos —fue el único comentario de Brown.

Estaba soltera, bebía poco, no fumaba y pagaba las facturas a tiempo. De vez en cuando confraternizaba con otros policías, pero por lo general era reservada.

La contribución de Dunne consistió en enterarse de que al menos siete conocidos suyos de otras comisarías habían querido salir con Madison y ella les había rechazado a todos con amabilidad, incluso a los solteros.





Durante las cuatro últimas semanas Madison había trabajado sin descanso, manteniendo ojos y oídos bien abiertos: entre Brown, Spencer y Dunne sumaban más de cuarenta años en el cuerpo, veinte de ellos en Homicidios. Era como estar otra vez en la universidad.

Three Oaks es una zona verde situada en el extremo suroeste de la ciudad. Casas de dos y tres pisos, con sus jardines cuidados y sus garajes para dos coches, se dejan ver entre los abetos. Detrás de ellas, la pradera baja hacia las tranquilas aguas de Puget Sound, con sus lanchas y pequeños embarcaderos, y una estrecha playa de piedras que bordea muchas de las propiedades. Vashon Island es una pequeña cinta verde oscuro en medio del agua. Se trata de un lujoso remanso de paz, cuyos propietarios son gente con dinero o han heredado de sus padres.

A esa hora tan temprana del domingo, las calles estaban vacías y solo unos cuantos pájaros entusiastas se atrevían a romper el silencio. Madison giró por Mapplewood Avenue y unos metros después entró en el sendero de entrada de su casa. Por espacio de un instante le pareció ver a alguien en una de las ventanas del primer piso, pero sabía que no era más que la sombra de un árbol.

Aparcó el coche al lado del Mercedes de sus abuelos, que hacía más de un año que nadie conducía y al que Madison no prestaba más atención que a los árboles de alrededor o a las piedras tapadas por las hojas caídas. Era un elemento más del paisaje.

Apoyado en la puerta había un gran sobre acolchado en el que no había nada escrito, ni por delante ni por detrás. Madison sonrió, al tacto se notaba blando y lleno. Entró en casa y despegó la solapa del sobre. Dentro había una nota que decía: «El almuerzo es a las doce, ven cuando puedas. Hasta luego. Rachel.»

Madison metió la mano en el sobre y sacó una cookie de chocolate.

Shawna Williams le había dado las gracias por haberse quedado esperando con la niña; teniendo en cuenta que la había apuntado con una pistola, dijo, eso demostraba que era una buena persona.

A través de los ventanales empezaban a distinguirse formas difusas en el patio de atrás. Madison se sentó en el sofá y contempló





la pradera y el agua. Apoyó la cabeza en el respaldo; no tenía nada que hacer durante las próximas veinticuatro horas.

Recordó la imagen de la niña aferrando la pistola para salvar su vida. Rose. Madison sabía, con total certeza, lo que habría hecho si la chica hubiera intentado disparar a Brown. No le pillaba de sorpresa, sino que le producía un dolor sordo. Se preguntó qué habría pensado entonces Shawna Williams.

Como había previsto, el ejercicio había agotado sus reservas de energía. Cerró los ojos, se sumió en el sueño y una Alice Madison de doce años despertó sobresaltada en su dormitorio de Friday Harbour.

Al otro lado de la ventana la luna brilla en lo alto, la brisa agita las sábanas de algodón y el corazón de Madison va a mil por hora. Sabe lo que está a punto de pasar. El reloj de Mickey Mouse de su mesilla de noche indica que son las dos y cuarto de la mañana. La vista de Madison se clava lentamente en la penumbra.

Su madre ha muerto cinco meses antes y el dolor es tan grande que Alice apenas puede respirar. Sus libros están ordenados en las estanterías, su ropa cuidadosamente doblada sobre la silla y sus zapatillas con forma de conejo, junto a la cama. El suelo del pasillo cruje y ella gira la cabeza hacia la puerta cerrada. Hay alguien en la casa. Su padre trabaja de noche y no llega hasta el amanecer.

Parpadea y se obliga a razonar. «Puede que sea papá». No, la luz del pasillo está apagada, su padre la habría encendido y se habría asomado a verla. Su padre no vagaría sigilosamente en la oscuridad. Alguien está yendo de habitación en habitación. Madison se clava las uñas en las palmas de las manos a través de las sábanas mientras unos pasos fuertes, que pretenden ser silenciosos, entran en la habitación de sus padres.

Madison coge rápidamente el bate de béisbol que tiene debajo de la cama, sin apartar los ojos de la puerta.

Quien quiera que sea está otra vez en el pasillo. A Alice le da miedo moverse y quedarse donde está. Se queda inmóvil con un pie descalzo en el suelo, el resto del cuerpo bajo las sábanas y sujetando el bate con las dos manos. Los pasos se paran delante de su puerta y el tiempo se detiene. Las dos y dieciocho. Alice no hace ningún ruido, no parpadea, no se mueve, no respira. Entonces un





perro ladra en las proximidades y Madison se despierta en su casa vacía, con la pistolera clavada en un costado y el corazón desbochado.

Para ella ese sueño era como una cicatriz que se hace visible cuando uno se sube la manga; fea y permanente. No siempre terminaba en ese punto; alguna vez acababa por golpear con el bate y se despertaba con el estrépito de un cristal al romperse, pero esta vez no.

A menos de un kilómetro de distancia, James Sinclair llevaba horas sin moverse y no podía sentir la primera luz del sol sobre su cuerpo. Las sombras se alargaban y se desvanecían. El silencio, como el humo, se apoderaba de los rincones de la habitación.





3

A muchos kilómetros de la ciudad, el hombre cerró los ojos y prestó atención al sonido del río. Con un ágil movimiento de muñeca, lanzó el sedal, que cayó al agua con suavidad. Tenía las manos heladas, pero no le gustaba la sensación de los guantes en la piel cuando pescaba. En el dorso de la mano derecha se veían tres finas cicatrices pálidas de diez centímetros de longitud. El sol empezaba a iluminar el cielo y la quietud de los bosques le daba su bendición.

Parecía un tipo completamente normal que había salido de acampada y puede que a pescar un poco. Pelo corto, aseado, y en el suelo, junto a sus pies, un costoso equipo. Ningún excursionista accidental repararía en él y nadie le recordaría más de cinco minutos. Debajo de la pernera derecha de los pantalones, el pequeño revólver metido en la pistolera que llevaba sujeta al tobillo era un peso familiar que apenas notaba ya. Lanzó el sedal una vez más, siguió con los ojos el arco que trazó antes de caer al agua y entonces supo que esa era, probablemente, la única paz que el mundo iba a concederle.

Los disparos de los cazadores, por encima de él, en la montaña, no le sobresaltaron lo más mínimo.

Madison se despertó a la una menos cuarto de la tarde. Estaba un poco entumecida por haber dormido en el sofá. Nada que no pudiera remediarse con una buena ducha caliente y una taza de café cargado. Se puso un par de chinos, una camiseta oscura de algodón y una cazadora. Dejó las deportivas que llevaba en el mueble que había junto al armario de su dormitorio y sacó unos botines negros. La pistolera y el arma se quedaron en la caja fuerte que había debajo de la cama. El trato era que si Madison estaba fuera de servi-





cio, no entraba en casa de Rachel con la pistola. Ambas estaban de acuerdo en que no era bueno que los niños se acostumbraran a ver a un adulto tomando café en la cocina de su casa con una pistola en el cinturón.

Madison llegó caminando a casa de Rachel en siete minutos. Durante los veinte años que llevaban siendo amigas, sus casas nunca habían estado a más de quince minutos de distancia andando. Eso lo significa todo cuando se tienen trece años.

En Blueridge algunas casas ya tenían puestos los adornos de Navidad y las luces parpadeaban detrás de las cortinas. Alice nunca había sido muy dada a ese tipo de cosas, aunque sus abuelos decidieron que, para celebrar sus primeras Navidades juntos, tenían que poner el árbol más grande de Seattle, y a ella le encantó.

La casa de Rachel estaba hasta arriba de familiares. Los hermanos de Neal, con sus mujeres e hijos, tíos y primos que Alice llevaba años sin ver. Un grupo de niños jugaba con los videojuegos delante de la televisión. Los adultos estaban sentados en los sofás o de pie junto a la mesa de la comida. Ruth, la madre de Rachel, se encargaba de que a nadie le faltara de comer ni de beber.

Rachel vio a Alice al otro lado del salón y acabaron sentadas en los escalones del rellano del primer piso, con sus platos de comida sobre el regazo.

Una vez, cuando Madison todavía iba de uniforme, había trabajado en el caso de la desaparición de un niño de nueve años. El día que lo encontraron, enterrado bajo los arbustos de un parque, Rachel se pasó horas sentada a su lado en la casa, a oscuras. Ahora que estaba en Homicidios, Madison ya no se quedaba sentada con las luces apagadas.

Rachel bebió un sorbo de vino y miró a su amiga.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

—Bien. He dormido como un tronco. ¿Qué tal te ha ido la semana?

—Bien. Las clases han terminado, nada destacable. Me voy a pasar las vacaciones corrigiendo un montón de trabajos.

Rachel daba clase dos veces a la semana en la Universidad de Washington, en el Departamento de Psicología.

—¿Y tú qué tal? ¿Has tenido algún sueño?

Rachel era la única persona en el mundo que sabía lo de sus sueños.





- Cada pocos meses. No es tan malo.
- Si quieres comentarlo con alguien, la mujer de la que te he hablado es realmente buena.
- Estoy bien, ya estoy acostumbrada.
- No creo que vivir con eso sea bueno para ti.
- Ya no es un problema tan grande.
- ¡Por el amor de Dios, niña! ¡Qué eres licenciada en Psicología!
- Ya lo sé. Curioso, ¿verdad?
- Sí, vale. Por cierto, Tommy se perdió en el supermercado. Otra vez. Lo encontré en el pasillo de los cereales, sentado en el suelo y jugando con las cajas. Es la segunda vez en un mes. ¿Atraste anoche a ese tipo?
- No. Solo a una chica de trece años que retuvo a cuatro policías en una pequeña tienda con una pistola descargada.
- ¡Jesús!
- Estuvo a punto de recibir un disparo por un par de chocolatinas *Mars*.
- ¿Estabas ahí?
- Sí. La niña está ahora con los Servicios Sociales. —Madison bebió un sorbo de vino—. Se llama Rose.
- Un nombre muy bonito —dijo Rachel.

Un par de horas más tarde, Madison estaba sentada en el sofá con Tommy, el hijo de seis años de Rachel, leyéndole uno de sus libros. Era una colección de leyendas de indios americanos, escrita para niños, que el chico se sabía de memoria. Pero le gustaba que se las leyeran.

El fuego crepitaba en la chimenea y ambos tenían sobre las piernas el edredón de Tommy. Pasados cinco minutos sin que la vozcita del niño la interrumpiera, Madison se dio cuenta de que se había quedado dormido. Posó la mirada en la pared, por encima de la chimenea. Era lo que llamaban «la pared familiar». En ella había fotografías de varias generaciones de Lever y Abramowitz. Alice siempre había tenido debilidad por algunas, como la de los abuelos rusos de Rachel el día de su boda, la de Rachel en las escaleras del apartamento que habían compartido en la universidad o el retrato en blanco y negro de un chico desconocido, vestido con su mejor traje de domingo.





Alice no tenía ninguna foto de sus padres. Le gustaba verse en esa pared, junto a los familiares de Rachel.

En la puerta de al lado alguien estaba tocando música de Bach y la belleza de la composición se imponía a pesar de la poca pericia del intérprete.

Madison se quedó mirando el fuego un poco más y luego se levantó con cuidado para no despertar al niño. Tommy ni se movió. Después de dar las gracias y despedirse, se marchó a su casa, echó un vistazo al interior de la nevera y entró en su dormitorio. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se puso la pistolera con el arma, cerró la caja fuerte y se fue.

En el supermercado cogió fruta, verduras, queso y pan fresco. La tienda ya estaba metida de lleno en la vorágine de las Navidades y todo el día sonaba una cinta de villancicos.

Estaba en el pasillo de productos avícolas cuando se fijó en él. Era un hombre blanco y delgado, con una chaqueta vaquera, que apoyaba su peso primero en una pierna y luego en la otra y miraba de reojo al guardia de seguridad que estaba hablando con una joven en la salida.

Su ropa tenía buen aspecto y sus manos estaban a la vista. Volvió a mirar al guardia, que seguía enfrascado en la conversación. En ese momento se reunieron con él una mujer y un niño pequeño. Madison escogió algunos filetes de pollo y se fue a pagar; no conocía a un solo policía que no estuviera pendiente de un tipo con abrigo en un día caluroso.

Una vez de vuelta en su casa, se puso una sudadera y unos pantalones de deporte y estuvo cuarenta y cinco minutos corriendo por el vecindario. Pensó en Brown. Camisas blancas almidonadas y gabardina. Le empezó a escocer la nariz por el frío. Le gustara a Brown o no, ella aprendería de él. Estaría siempre ahí.

Cocinó mientras escuchaba las noticias y comió de la cazuela mientras veía una reposición de *Sports Night*. Justo antes de irse a la cama cogió la pistola y la limpió de arriba abajo. La disparó un par de veces con el cargador vacío, la volvió a cargar y la puso debajo de la cama. A las nueve y media estaba dormida y no soñó en nada hasta que se hizo de día.





4

Las oficinas de Quinn, Locke & Associates ocupaban la novena planta de la Stern Tower, entre Pike y la Sexta. Nathan Quinn llevaba en su despacho desde las siete y media de la mañana, leyendo el informe de un caso y tomando notas. Sobre su escritorio no había más que dicho informe, su portátil, una lámpara y un café solo en una taza de porcelana blanca con su plato. La lluvia dibujaba finas líneas sobre Puget Sound y el puerto. El silencioso y elegante despacho le pegaba tanto como el traje oscuro y los costosos zapatos. Sin embargo, nada sentaba tan bien a Nathan Quinn como el haz de luz sobre la mesa de caoba y el informe en sus manos, mientras se preparaba para la batalla que libraba siempre en los juzgados. No prestó atención a las vistas ni tocó el café.

Carl Doyle, quien se ocupaba del día a día de la empresa, le llevó el correo a las ocho y media, junto con una lista de mensajes que habían dejado en el contestador durante la noche y un recordatorio de las veces que tenía que acudir al juzgado ese día.

Quinn ojeó rápidamente los sobres y abrió un par de ellos. Una de las cartas era de agradecimiento y la otra una amenaza apenas velada de un testigo al que había mandado una citación. El tercer sobre era de un grueso papel color crema y parecía contener una invitación. Quinn lo abrió y sacó la tarjeta que había dentro. Solo había dos palabras escritas en ella con tinta negra. Dio la vuelta a la tarjeta, pero no había nada más. Volvió a leerla.

TRECE DÍAS

La dejó aparte y revisó el resto del correo. No era la primera, ni sería la última vez que recibía un anónimo, y este ni siquiera era especialmente original.

Después, mucho más tarde, pensaría en ese momento como si hubiera empezado a morir en ese instante.

